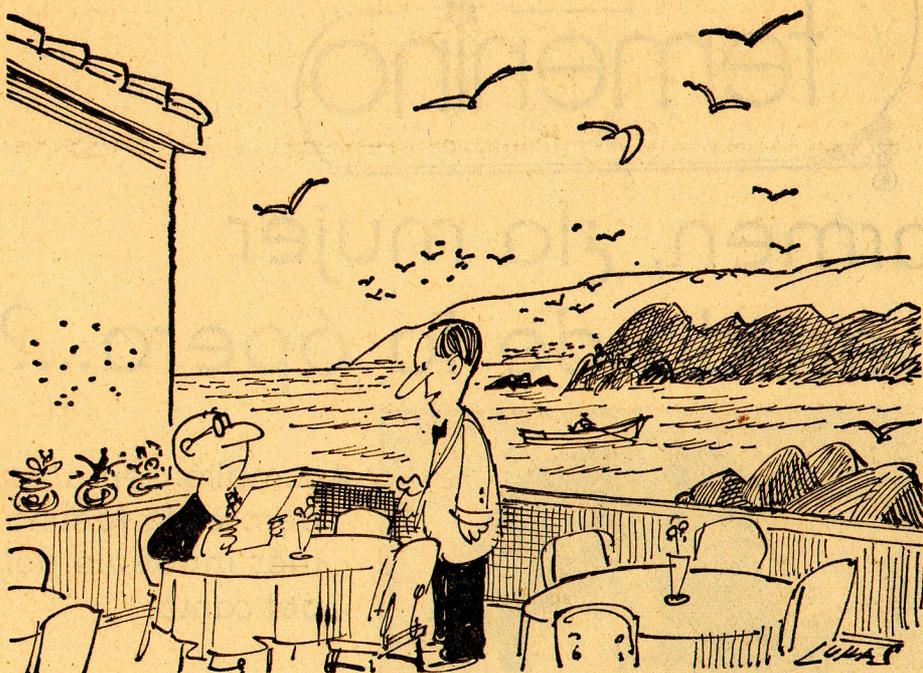


4279

## PRESTIGIO



—No estará contaminado...  
—¡Por favor, señor!... Todos nuestros mariscos vienen de Santiago.

# La Semana Política

## Una Nueva Democracia

La prensa dio a conocer una carta enviada por el señor Patricio Aylwin Azócar, en su calidad de presidente nacional del Partido Demócrata Cristiano (R), al Sr. Renán Fuentealba Moena, quien fuera expulsado del país con arreglo a las disposiciones vigentes sobre Estado de Sitio.

La nota referida es de fecha 18 de agosto y responde a la del señor Fuentealba fechada el 25 de julio.

El señor Aylwin deja ver en su carta una posición estratégica diferente de la de su correligionario expulsado. En efecto, mientras éste se muestra partidario de la unión de los ex partidos marxistas con todos los demás partidos chilenos (inclusive la DC) para oponerse al actual régimen, el señor Aylwin cree posible un entendimiento de sólo ciertas fuerzas políticas y sociales con las Fuerzas Armadas, entendimiento que excluiría a los marxistas.

La carta define pues una línea centrista, distanciada del extremismo opositor, pero afanosa de "reconstruir la democracia chilena" volviendo al régimen de partidos tal cual se conoció hasta el 11 de septiembre de 1973.

La divulgación de los conceptos del señor Aylwin provocó una declaración pública del Ministerio del Interior que reitera los principios enunciados por el Presidente de la República en su Mensaje del 11 de septiembre último.

El documento ministerial expresa que el objetivo del movimiento "iniciado el 11 de septiembre de 1973 no es restituir al país una democra-

cia fracasada u obsoleta, sino constituir una forma de democracia capaz de proporcionar tanto superación como posibilidades de mejoramiento y progreso". La declaración añade que "en esta concepción necesariamente deben incluirse factores de autodefensa para prevenir la crisis que ha afectado a todo el mundo en sistemas que tomaran en su seno a elementos que generen la decadencia y la destrucción de esa misma sociedad".

Llega más allá el Ministerio del Interior cuando dice: "El Gobierno considera que todo partido político que lucha para alcanzar el poder sólo divide a la ciudadanía, favorece demagógicamente a quienes lo integran y deteriora el alma de una nación con la politiquería".

Volviendo con énfasis sobre el Mensaje presidencial, la declaración expresa: "La normalización del país no se logrará regresando ni ahora ni en el futuro al juego de partidos políticos dentro de un pluralismo ideológico irrestricto, puesto que ello sería entregar nuevamente al enemigo las herramientas que necesita en la demagogia, la politiquería y el avance progresivo del marxismo-leninismo".

Este documento oficial envuelve un repudio terminante a los partidos políticos, sin distinciones, y la afirmación de que el régimen pretende una nueva democracia caracterizada esencialmente por "un sentido de dignidad y libertad del hombre, que es necesario preservar y desarrollar".

## Fuerzas Armadas y Partidos Políticos

El Ministerio del Interior rechaza el régimen de partidos, no tan sólo para la actual emergencia, sino que para siempre. El Gobierno aspira a reconquistar la unidad espiritual de la nación y evitar perforaciones ideológicas o políticas que perturban "la tranquilidad, el trabajo y el respeto mutuo".

El documento rechaza y condena la sola posibilidad de que fuerzas políticas entren en entendimientos con las Fuerzas Armadas —como lo insinuaba el señor Aylwin como meta eventual de sus esfuerzos—, rechazo que abarca el presente y el futuro. "Pretender el entendimiento de fuerzas políticas con las Fuerzas Armadas no sólo es una falacia, es también una increíble pretensión de desviar a las Fuerzas Armadas del compromiso nacional que contrajeron con la ciudadanía a partir del 11 de septiembre de 1973 y que ésta, en forma reiterada y masiva, ha apoyado, entusiastamente". Recalcando la negativa, el Ministerio expresa: "Ni ahora ni nunca habrá ese entendimiento".

Las expresiones transcritas evidencian que, en la intención del Gobierno, el receso partidista es mucho más que una suspensión transitoria de la actividad política por causa de un estado de emergencia. Hay una apreciable incompatibilidad entre las aspiraciones del régimen y la democracia que el país ha conocido, a lo que se añade la violenta exclusión de toda expectativa de colaboración entre fuerzas políticas organizadas como tales y las Fuerzas Armadas.

No están formalmente disueltos los partidos políticos, pero lo dicho por el Presidente de la República en el Mensaje y la reiteración

del Ministerio del Interior no dejan dudas de que el Gobierno desea el receso o la inactividad indefinidos de los partidos, lo que equivale a su anulación, o progresiva desaparición.

Los militantes de los partidos políticos que colaboran con el Gobierno lo hacen a título personal "y jamás representan ni representarán al partido político en que militaron".

La declaración que comentamos viene a producirse después que, en la Parada Militar del 19, y en la celebración multitudinaria del 11 de septiembre, las Fuerzas Armadas demostraron que contaban con notable apoyo popular. Se hace difícil traer al recuerdo el caso de alguna formación política civil que haya despertado el fervor espontáneo y masivo que se apreció en las calles de Santiago en los días recordados, fenómeno que se reprodujo en diversas otras localidades y que ha sido patente en las numerosas visitas del Presidente de la República a las regiones del país en el curso de estos dos años del régimen.

La presencia duradera de las Fuerzas Armadas al frente de las altas responsabilidades que han asumido parece un hecho indiscutible y reconocido por simpatizantes, por indiferentes y por adversarios. Esta situación es la consecuencia del curso de la política chilena a lo largo de los últimos treinta o cuarenta años. Lo que sin embargo resulta nuevo es la conciencia que está tomando el régimen de sus propias fuerzas y del apoyo que logra por sí solo en la ciudadanía. Esta última se ve en efecto satisfecha con la conducción militar de la República, no obstante los severos apremios económicos y los inevitables errores que se cometen en el régimen.

## La Participación Civil

Las Fuerzas Armadas aspiran a establecer una nueva institucionalidad democrática, una democracia distinta y en más de algún aspecto opuesta a la que feneció en manos del marxismo.

Tal objetivo supone determinada colaboración entre civiles y militares. El Ministerio del Interior ha dicho que esta colaboración —ahora y para siempre— la harán los individuos en cuanto particulares y dejando atrás el partido en que militaron.

Ardua tarea política y jurídica trae consigo el definir los términos de la colaboración cívico-militar. Ella puede extenderse desde la prestación de servicios por parte de funcionarios civiles subordinados, en los diversos niveles de la Administración, hasta la influencia de la opinión pública en determinadas decisiones, a través de medios informativos o de organizaciones sociales. La colaboración civil que se lleva a cabo desde el 11 de septiembre de 1973 en tareas administrativas es no sólo aconsejable sino inevitable, ya que los hombres de armas no pueden cubrir la totalidad de las responsabilidades civiles sin que abandonen las suyas propias. Pero aun en ese campo habrá que tener presentes las diferencias entre militares y civiles. Los primeros están sujetos a un régimen de jerarquía y disciplina, que moldea su conducta así como sus ambiciones materiales o morales dentro de un sentido de austeridad. Los civiles, en cambio, tienen una vida menos encauzada; son más individualistas y, en general, valorizan mucho más los aspectos económicos y su bienestar individual. Las modalidades castrenses se adaptan con dificultad a las exigencias de la acción política, que tiene que lidiar con intereses no siempre legítimos y con frecuencia hábilmente disfrazados, y que debe considerar la justicia de las soluciones pero también los efectos de ellas en el ambiente nacional e internacional. Conciliar los temperamentos diferentes y aprovechar las virtudes de ambos, superando las limitaciones respectivas, es una la-

bor de gobierno tan compleja como necesaria.

El país tendrá que habituarse a la lenta edificación de un sistema nuevo, en que la acción partidista no tenga influencia ni poder. De esta manera se busca la unidad espiritual del país y la salvaguardia de los valores esenciales de la democracia, amenazados hoy por los enemigos que actúan dentro del propio sistema.

A largo plazo y con la maduración natural de las mentalidades y de los hechos deben ir surgiendo las instituciones que hagan posible asegurar la tranquilidad, el trabajo, la dignidad y el destino del país, sobre cimientos firmes.

Entre tanto, el Gobierno está diciendo con meridiana claridad a los sectores políticos tradicionales que éste no es el momento para ellos y que nada obtendrán manteniendo organizaciones que se propongan infiltrarse en el Estado o en la cultura nacional en un movimiento de defensa del antiguo sistema. Las puertas están abiertas a los individuos, pero las organizaciones partidistas no tienen papel que jugar.

Deberán venir otros hábitos y otros métodos para el ejercicio de la democracia. La voz de la opinión no podrá estar ausente y es deseable que la libertad de información sea el suelo purificador de la vida política y administrativa.

Será menester que el régimen se defienda de las tentativas de desunir a la ciudadanía y que vigile también la constante amenaza de que los grandes objetivos patrióticos se desvirtúen y que los intereses partidarios o de círculo prevalezcan sobre el bien común. La construcción de una institucionalidad nacional impone trabajo incesante y renovada inquietud, pues el régimen pretende salvar los valores morales y las energías superiores de la nacionalidad, pero no ha prometido a nadie el descanso o la holganza. Por el contrario, son tiempos de continuo desvelo y de afán incesante por resolver las dificultades de todo orden que surgen como consecuencia de la tarea rectificadora en que se empeñan las Fuerzas Armadas.